

Peor ¿imposible?

El deterioro es lento pero seguro. Las dificultades se apilan y las expectativas empeoran. La imagen del gobierno empobrece de manera sistemática sin que nadie sea capaz de revertirla. Los partidos y precandidatos intentan sacar raja del árbol caído, sin preocuparse por las implicaciones de su actuar, igual el PAN que el PRD, Morena o la colección de independientes: cada quien para su santo. Súbitamente sale el sol: Trump parece liberar a todos de sus penas porque ofrece la oportunidad de un problema -o enemigo- común. La unidad adquiere una dimensión cósmica: todos somos migrantes, todos somos patriotas, todos somos buenos. Todos, menos la dura realidad.

Los tiempos difíciles reclaman unidad y, en eso, el llamado del presidente es impecable. Pero un llamado no resuelve años de desdén ni deslegitima la convocatoria de López Obrador a sumar fuerzas. La falsedad -intemperante y distante- de los llamados a la unidad resulta evidente para una ciudadanía cauta por experiencia, que distingue lo honesto de lo interesado. A nadie impor-

ta la espada de Damocles que pende sobre la cabeza de México, sino la disputa por la sucesión y la vanidad del instante. Por si faltaran pruebas, ni los convocantes a la marcha del pasado domingo pudieron ponerse de acuerdo sobre el objetivo.

El problema de las convocatorias a la unidad es que no entusiasman a nadie cuando son contra algo: la población quiere respuestas y soluciones, no condenas gratuitas; en todo caso, unidad a favor de algo mejor. Los migrantes que viven atemorizados en Estados Unidos y sus familias en México no quieren marchas y protestas: quizá se sumen a una convocatoria por la transformación del país pero no están dispuestos a perder ni un minuto en un ejercicio ficticio de unidad. Peor cuando el presidente intenta subirse al carro para atajar su propia impopularidad que, no sobra decir, evidencia lo obvio: por más que Trump represente una enorme amenaza al statu quo, el mexicano común y corriente está mucho más enojado con el gobierno; no por casualidad innumerables organizaciones que se sumaron a la convocatoria de la

Los tiempos difíciles reclaman unidad y, en eso, el llamado del presidente es impecable. Pero un llamado no resuelve años de desdén ni deslegitima la convocatoria de López Obrador a sumar fuerzas. La falsedad -intemperante y distante- de los llamados a la unidad resulta evidente para una ciudadanía cauta por experiencia, que distingue lo honesto de lo interesado. A nadie importa la espada de Damocles que pende sobre la cabeza de México, sino la disputa por la sucesión y la vanidad del instante.

marcha al final optaron por salirse. Nadie quiere ser parte de un barco que naufraga: eso incluye al gobierno actual y a muchos de quienes vieron en sus reformas alguna posibilidad.

Por casi medio siglo, los mexicanos hemos vivido a la espera de una transformación que permita romper con los amarres que anclan al país en el pasado. En todas esas décadas, hubo muchos intentos por reformar aspectos de la vida económica y política del país, pero ninguno pretendió sentar las bases para un futuro dis-

tinto, para entrar de lleno al siglo XXI. Las reformas económicas crearon espacios de excepción que nos han dado un extraordinario alivio, pero no una solución integral; las reformas político-electorales procuraron apaciguar a las diversas oposiciones, incorporándolas en el sistema priista de privilegios. Los migrantes buscaron empleo fuera porque aquí no hay oportunidades.

Décadas dedicadas a atender la crisis del momento: puros parches y remiendos, trapitos que ayudan pero no resuelven. Bastaron

unos cuantos tuits de Trump para desenmascarar a todo el país, evidenciando no sólo nuestras carencias, sino nuestras vulnerabilidades. Frente a eso, envolverse en la bandera acaba siendo no más que un acto de vanidad, un mero berrinche.

El hastío que vive la población no es producto de la casualidad y no se resuelve, como pretende el candidato favorito de las encuestas, retornando a una era idílica y simple. La invitación a un “nuevo proyecto” de nación es muy llamativa (y sin duda atrae a muchos empresarios desesperados), pero choca con la realidad del mundo en que vivimos. Precedentes hay muchos, desde Perón hasta Chávez, que no sólo destruyeron lo existente, sino que para siempre minaron el futuro de sus naciones. Muchos, comenzando por Trump, Xi y Putin, pretenden recrear su antigua grandeza pero nada, excepto una destrucción total de la vida moderna y las comunicaciones que la caracterizan, podrá cambiar el reino de la opinión pública, las redes sociales y la globalización de las expectativas.

El país ciertamente tiene que cambiar; la pregunta es

hacia dónde y cómo. Los llamados a la unidad no son sino llamadas nostálgicas o interesadas de quienes se benefician del viejo orden y pretenden preservarlo, por lo que ni parpadean con invitaciones nacionalistas y patrioterías. El nacionalismo, escribió Orwell, es “hambre política atemperada por un auto-engaño”.

Trump nos ha sacado de la zona de confort y nos obliga a optar: damos un paso firme al siglo XXI o aceptamos que el deterioro continúe. De lo que no hay duda es que, sin alteración de las tendencias, el único camino posible es hacia abajo y todos los que abandonan el barco -unos porque no ven opciones, otros porque creen que sumándose temprano pueden sacar raja doble- no hacen sino acelerar el paso. Quien crea que las cosas no se pueden poner peor antes de las elecciones y después -desconoce la historia, desde la revolución rusa en adelante, para no hablar del pasado remoto.

Mucho más útil sería la unidad de personas e intereses disímboles para construir el futuro, que un palco privilegiado en el Titanic.

@lrubiof

Jesús Cantú

Por Arnoldo Kraus

Sí se pudo atenuar el gasolinazo

Las decisiones que ha tomado la Secretaría de Hacienda y Crédito Público durante el mes de febrero evidencian que sí se pudo haber modulado el gasolinazo de enero, pero en ese momento el gobierno simplemente decidió aplicar una fría fórmula que le garantizaba los mayores ingresos y, ahora sí, cuando la aplicación de la fórmula llevaba a una reducción de más de un peso en los precios de los combustibles decidió amortiguar las variaciones.

Para decirlo más claramente: cuando la fórmula benefició al gobierno, simplemente la aplicaron; pero cuando iba a beneficiar a los consumidores, la modificaron. Pero más allá del perjuicio que esto ha ocasionado a los consumidores mexicanos, que tuvieron que soportar, además del incremento de 20% en el precio de las gasolinas, una tasa de inflación de 1.7% en el mes de enero y un 4.72 de inflación anual, con lo cual se diluyó en el primer mes de vigencia el aumento de 8% en el salario mínimo general.

Sin embargo, los criterios que ha aplicado el gobierno en febrero demuestran la falsedad de los argumentos del gobierno cuando pretendía defender al aumento en los precios de la gasolina señalando que era simplemente consecuencia del incremento en los precios internacionales del petróleo y las gasolinas y la devaluación del peso mexicano frente al dólar. En esos momentos señalaron, tanto el presidente Enrique Peña Nieto como el titular de Hacienda, José Antonio Meade, que ellos únicamente ajustaron los precios de las gasolinas en México a los precios internacionales y que haber pretendido atenuar el impacto hubiese sido más perjudicial en el futuro.

Sin embargo, un mes después, el 4 de febrero, cuando debían revisar nuevamente el precio de las gasolinas, decidieron que sí podían modificar el monto del Impuesto Especial sobre Productos y Servicios para no tener que modificar los precios máximos al consumidor, de tal forma que de acuerdo a una gráfica publicada por el diario regiomontano El Norte en su edición del sábado 4 de febrero, lo redujeron en 4 puntos porcentuales en el caso de la gasolina Magna, al

Sin embargo, los criterios que ha aplicado el gobierno en febrero demuestran la falsedad de los argumentos del gobierno cuando pretendía defender al aumento en los precios de la gasolina señalando que era simplemente consecuencia del incremento en los precios internacionales del petróleo y las gasolinas y la devaluación del peso mexicano frente al dólar. En esos momentos señalaron, tanto el presidente Enrique Peña Nieto como el titular de Hacienda, José Antonio Meade, que ellos únicamente ajustaron los precios de las gasolinas en México a los precios internacionales y que haber pretendido atenuar el impacto hubiese sido más perjudicial en el futuro.

pasar de 36.4% del precio final al 32.4%; en 2.6 puntos en el caso del diésel, de 37.2 a 34.6%; y en apenas 0.6 puntos en el caso de la Premium, de 36.9 a 36.3%.

En el porcentaje de impuestos se incluyen el 16% del IVA y el restante del Impuesto Especial a Productos y Servicios (IEPS) y el manejo que hicieron en febrero demuestra claramente que sí podían utilizar el IEPS para haber hecho menos pronunciado el incremento en el precio al inicio de enero; pero en esos momentos su intención fue simplemente recaudar más.

Pero ahora, cuando de haber aplicado la fórmula para calcular el precio de la gasolina antes de la aplicación de los impuestos, el resultado hubiese sido una disminución de 1.17 pesos en el caso de la gasolina Magna y de 1.89, en la Premium, decidieron que había que modificar la fórmula para “mitigar las fluctuaciones excesivas”, y entonces el precio de las gasolinas y el diésel bajó únicamente dos centavos, pero eso les permitió recuperar parte de lo que habían perdido un mes antes en los impuestos que pasaron a 35.3, 36.7 y 35.4%, respectivamente en la Magna, Premium y Diésel.

La decisión adoptada en este caso demuestra que sí se podía modificar la fórmula para determinar el precio y evitar “las fluctuaciones excesivas”, pero parece que únicamente sirve para evitar las disminuciones de precios y nos los aumentos, pues en enero cuando incrementaron en promedio en 20% no se podía hacer nada

y ahora que hubiese permitido disminuir los precios en aproximadamente el 20% sí se pudo modificar.

Es evidente que podían haber modificado ambas: la fórmula y la tasa del IEPS, para haber atenuado el incremento del precio de las gasolinas y el diésel en enero; pero ni siquiera tenían que haber utilizado ambos factores, hubiese bastado con haber movido a la baja el porcentaje del IEPS en aquel momento para que hoy hubiese un precio de los combustibles, al menos, 10% de bajo de donde nos encontramos en este momento.

Esto es tan claro que hoy los precios de venta al público de las gasolinas en Texas (ya incluyendo los impuestos) es entre 3.5 y 4.5 pesos menos que en México (también incluyendo los impuestos), así tal como ha demostrado Hacienda en sus anuncios de febrero sí había mucho margen de maniobra, pero realmente lo utilizaron para beneficiarse ellos y no para atenuar los impactos sobre los consumidores.

No hay ninguna garantía que cuando “la fluctuación excesiva” sea hacia el incremento del precio de los combustibles no decidan nuevamente regresar a la vieja fórmula que llevó al gasolinazo de enero. La lógica que hoy aduce para no reducir en aproximadamente 10% las gasolinas, también debió regir en enero, pero no fue así.

Lo único que hoy queda claro es que la arbitrariedad y la discrecionalidad son los dos principios que rigen la toma de decisiones de los gobernantes mexicanos.

Facebook

Virginia Woolf estaba equivocada cuando escribió: “No podemos saber si ganamos o no de este hábito de profusa comunicación”.

Temprano por la mañana, como todas las mañanas, Jessica tomó, antes de salir de la cama, su celular. Con él se encaminó, como todas las mañanas, al baño. En el escusado, como todas las mañanas, justo cuando empezaba a orinar, abrió Facebook. “Los sucesos nocturnos no deben aguardar”, le había dicho hace tres años, Javier, uno de sus grandes amigos. “¡Caray!, sólo a 7 mil 213 personas les gustó la foto que subí ayer antes de acostarme”.

Obsesionada por su popularidad, tanto en el baño como en su cuarto y en la cocina, Jessica guardaba unos folderos donde llevaba algunas estadísticas. Un tanto decepcionada, e incluso quizás un poco angustiada, buscó los datos de los últimos días:

Viernes. A 18 mil 398 personas les gustó la foto que subí (no era para menos: estaba esquiando en Vail). A 222 mil 324 personas les encantó el video que subí (lo mismo, pero no igual: a mi lado estaba, sin gorro, sólo con bufanda, Brad Pitt. Él tomaba una cerveza en una cafetería. Me acerqué y le dije, por supuesto en inglés, “tienes razón, todo mundo lo sabe, Angelina Jolie se aprovechó de ti”, “yes”, respondió, “¿puede mi amiga tomarnos un pequeño video?”, “yes, one minute, no more, ok?”, “ok”, respondí. Después de la filmación le pedí permiso para subirlo a las redes, “yes, adiós”. “Thanks, forever”, me despedí.

Domingo. Escribí en el muro: “Fue increíble encontrarme con Brad. Nunca me habían abrazado así”. En menos de una hora recibí 29 mil 345 likes. Muchos, 23 mil 453, miembros de mi vida, y el resto (no haré la resta, me da flojera) de personas desconocidas, pero miembros activos de las redes. Nunca un texto mío había sido recibido con tanto entusiasmo (me imagino que algo similar le sucede a... a... un momento, voy a abrir la computadora... ¡¡¡¡¡ya!!!!!!), a J. K. Rowling, la mamá y creadora de Harry Potter). Alma, mi

Viernes. A 18 mil 398 personas les gustó la foto que subí (no era para menos: estaba esquiando en Vail). A 222 mil 324 personas les encantó el video que subí (lo mismo, pero no igual: a mi lado estaba, sin gorro, sólo con bufanda, Brad Pitt. Él tomaba una cerveza en una cafetería. Me acerqué y le dije, por supuesto en inglés, “tienes razón, todo mundo lo sabe, Angelina Jolie se aprovechó de ti”, “yes”, respondió, “¿puede mi amiga tomarnos un pequeño video?”, “yes, one minute, no more, ok?”, “ok”, respondí. Después de la filmación le pedí permiso para subirlo a las redes, “yes, adiós”. “Thanks, forever”, me despedí.

compañera de toda la vida, se emocionó de tal manera que no dejó de mandar comentarios, “¡¡¡aaayyyy!!! Jessica, todo mundo habla de ti: en el club, en el salón de belleza, en el antro. ¡Qué envidia!, estás en la boca de todos y eres la envidia de incontables facebookeros”.

Lunes. Hoy recibí muchas, muchísimas noticias de amigas y amigos. Como se descargó el celular un momento —¡vaya tragedia!—, no recuerdo el número exacto pero, seguro eran más de miles. No importa ni el número ni el olvido ni que se haya descargado mi smartphone: el hecho es estar. Cuando Facebook revivió aproveché para ver sus fotos: Jaime, ¿cómo se llama ella?, Lucinda, ¿quién será ese?, Guadalupe, ¿y éste?, sé quién es, lo sé, pero no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi si acaso miré su rostro, Victoria (uuuyyy, ¡qué fea se ha puesto!), Marco, ¿y ella?, creo que es la hija, y a su vez la esposa, y así mismo, la tía de... ¡otra vez!, olvidé sus nombres —¿tienen nombres?—, y cientos de otros cuyos nombres no recuerdo, pero cuyo corazón Facebook conozco.

“No entiendo, no entiendo nada, no he dejado de atender a mis amigos y amigas, mando información, participo, me comprometo, no descuido ni un segundo Facebook, le soy fiel a unos y a otros y a las redes y no dejas de nutrir mi nueva alma máter y hoy, no se lo diré a

nadie, sólo a 7 mil 213 personas les gustó mi foto. No es justo, no es justo. A nadie le hecho mal”.

Deprimida por la caída de su popularidad decidió no abrir Facebook durante siete días. “No puedes hacerme eso Facebook. No sabrás de mí en siete días. Veremos qué sucede en una semana. Te perdonaré si reflexionas y me das una explicación”.

Jessica decidió quedarse en cama. Su tristeza era inmensa. Pasó un día y no comió. Pasó otro día y no comió ni bebió. Pasó uno más y la depresión se profundizó. Dado que no contestaba llamadas ni participaba en Facebook, varios amigos suyos del reino Facebook, alarmados, buscaron a sus padres, sin suerte. Después de cuatro días se apersonaron en su departamento. Nadie contestaba.

Por consenso, decidieron ir por un cerrajero. Al abrir la puerta encontraron a Jessica tendida en su cama, con la respiración entrecortada, fría, sudorosa, entre casi muerta y muerta. A su celular sólo le quedaba 1% de batería. Javier, su gran amigo, intentó usarlo para buscar el número celular de sus padres y el de algún médico. Antes de apagarse, apareció un letrero: “Te lo mereces. Ya no nos veremos como sucedía todas las mañanas. Y te advierto, Virginia Woolf estaba equivocada cuando escribió en 1922, “No podemos saber si ganamos o no de este hábito de profusa comunicación”. Facebook.

(Médico)